

Desafío tu cólera insensata!
Desde que el hijo mío está en la huesa
Y yo solo, tus crímenes presencio,
¿Qué se me da de tí? ¡Suelta tus rayos,
Arroja tu granizo, apaña nubes,
Y que viento y borascas desmantelen
Cuanto en la tierra y en el mar se agita;
De entre las ruinas alzaré mi rostro
Para escupir el tuyo, fementido!
Tener miedo de tí? ... Pasó la nube,
Pues el mismo Jehová tuvo clemencia
Y se apiadó del infeliz blasfemo.

Al campo de Sidon tocó el turno.
Este tiróse al suelo de rodillas
Y se puso á gritar: "Dios de mis padres,
Dios justo, Dios piadoso, me perdona
Si algún mal hice yo; cuida mis granos.
Yo nunca me rebelé; en tu presencia
Siempre temblé, proteja mis viñedos.
Desde mi tierna infancia ayuno y oro,
Debo ser grato á tí. De tus altares
Sangre vieja borré con sangre nueva.
De mis bellas torceras y mis bueyes.
Dios Único, Inmortal, Omnipotente,
¿Qué mal te hice yo? ¡Acorre, vuela,
Deféndeme mis trojes y mi vino!"

Pero como el Señor cuando le ruegan
Por el vil interés, redobla su ira,
Soltó sus nubes y lanzó sus rayos
Contra Sidon y su infernal codicia.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO,
Colombiano.

EL TROVADOR.

CUANDO estaba muy en boga el bellísimo drama de García Gutiérrez que ha dado renombre á su autor é inspirado á Verdi muchos de sus mejores trozos de músicas, llegó á cierto pueblo un cómico de la legua descariado, y dirigiéndose al alcalde, que era á la vez dueño de un teatrillo de mala muerte y entusiasta por las comedias, le dijo que él podía hacer algunos entremeses para instruir, deleitándolos, á los vecinos.

—Hombre, le contestó el alcalde: y no podría usted hacernos «El Trovador», esa comedia que está metiendo en la corte tanto ruido?

—«El Trovador»...? Pues ya se vé que puedo; sólo que me sería preciso hacerle algunas variaciones.

—Bueno, eso no importa. Tiene vd. el teatro á su disposición para que nos dé á conocer esa maravilla.

Efectivamente, dos días después el pueblo todo se agolpaba á la puerta del exiguo coliseo, sacudiéndose mojoncitos entre sí para ganar la entrada, y el bueno del alcalde, más alegre que unas castañuelas, se arrellanaba en la envidiada poltrona presidencial.

Restablecido el orden y una vez en su olivo cada mochuelo, recorrióse la mejor colcha de la alcaldesa, colgada á guisa de telon en el escenario, y presentándose emplumado de todas plumas, comenzó á declamar en estos términos:

Demasiado la creí
mientras tierna me halagaba
y pérfida, me engañaba.
¡Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozaré de su traición...
yo partiré el corazón
de ese rival insolente.

Y aquí llegando, presentóse un sirviente con una carta, y entregándosela á Manrique, púsose éste á leerla en alta voz:

Me han dicho que estás celoso,
y á fé que es buena fortuna,
con ese conde de Luna
que viene haciéndome el oso.
¡Quién dijo, Manrique, quién
que yo olvidarte pudiera
infel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es sólo mi bien!
Pensando me hallaba en tí
cuando imaginé engañada

que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laúd,
era el canto seductor
de un amante Trovador
lleno de tierna inquietud.

Entonces, Manrique, sacando un tintero del bolsillo, escribió, dictando:

Pues corriente, ya no dudo,
concluya aquí la cuestión:
no quiero que con razon
me aconseje de testarudo.
No así pudiera vivir:
me amas, es verdad? Lo creo,
porque creerlo deseo
para amarte y existir.

Y llamando al sirviente, que al entrar entregó otra carta, díjole que llevase aquel papelito á su amada Leonor.

La otra carta decía:
Cuando á la ley sois infiel
y cuando proscrito estais,
¿así en palacio os entráis?
partidario del de Urgel?
sois un atrevido, un necio,
pues que venís á retar
á quien débéis contestar
tan sólo con el desprecio.

Manrique púsose como una farsa al leer las razones precedentes, y sacando de nuevo su tintero, escribió, trémulo de ira:

Al campo, D. Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero también soy.

Y volvió á llamar al sirviente y le dijo que volando fuese á llevar aquel papel al conde de Luna, porque si se tardaba en hacerlo, le iba á reventar un ojo.

El sirviente echó á correr como un gamo, la colcha de la alcaldesa volvió á correrse y el público empezó á decir que García Gutiérrez era cualquier cosa.

Pasados quince minutos, volvió á desaparecer la colcha y á aparecer Manrique en el escenario, diciendo:

Este es el convento, sí,
Rulz lo dice, aquí lo veo, (mirando un papel.)
Mas, que le engañaron ciego;
pero él dice que es aquí.

¡Tomó ya el velo? Quizá.
Matándome está la duda!
Ya el ara santa la escuda,
ya esposa de Dios será.

Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Veilla
corrieron, cuando en Castilla
yo estaba pícara suertel
Perseguirónla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca el Redentor
huyendo de sus tiranos.

Aquí el locutorio está:
¿quisiera verla, ¡qué haré?
Turbado estoy... ¡llamaré!
tal vez orando estará.

El sirviente llega con otra carta. Manrique la lee para sí y dice fuego:

¡Siempre el de Luna! ¡qué pillol!
que yo le zurro desee;
pero no, que no me vea...
mala peste...! Me las guillo.

Y volvióse á correr la colcha; pero esta vez ya el pueblo empezaba á dar señales de desagrado, dejando escapar algunos silbidos.

El alcalde, que aunque vestía de lana, no era borrego, abandonó la silla presidencial, y sin que nadie lo notase, ocultóse entre dos de los bastidores del escenario.

Pasados otros quince minutos, empezaba ya la colcha á plegarse y á dejarse ver la figura del Trovador, cuando el alcalde, deteniéndose por un brazo al sirviente que daba el primer paso hacia la escena, preguntóle:

—Oye, tú: ¿qué es lo que llevas ahí?
—Es una carta de la gitana Azucena para su hijo.

—Ea, pues, se acabaron las cartas: lárgate á los infiernos, si no quieres que yo te arrime donde tú sabes la punta del pé.

La concurrencia, que algo había adivinado de lo que pasaba entre bastidores, empezó á rebullirse en son de pronunciamiento y á dar gritos y silbidos desafortunados.

«¿Qué triste es esa canción!»
repitió el Trovador dos ó tres veces, y enterado al cabo de lo que había dicho el alcalde á su sirviente, dió un paso hacia las candelijas y exclamó:

—Respetable público: la faneion no puede continuar porque el Sr. Alcalde me ha interceptado la correspondencia.

JOSÉ MUÑOZ Y GARCÍA.

¿QUIEN SABE!

El alma es inmortal; de un sol eterno tiene la pura inextinguible llama; y, sin embargo, hay vivos que son tumba del cadáver de un alma.

La forma muere; como sol de un día, nace, fulgura, palidece y pase; y, sin embargo, hay formas que, aunque mudas, de eternidad nos hablan.

¿Cómo puede morir lo que es eterno? ¿Cómo es eterno lo que al fin acaba? ¡Ay!... Acaso lo absurdo y lo imposible no son más que palabras.

PEDRO MARÍA BARRERA.

ANTE MIS LIBROS.

(CON MI ESPOSA.)

¡Oh mudos, pero sabios compañeros,
Que de pié demorais, y pensativos
La gloria de los muertos y los vivos
Fijais y de ella sois partíciperos!

Los hermanos y al par los consejeros
De mi alma sois, y cuando el sol lascivos
Sus rayos hunde, instantes seductivos
Hurto al descanso y síntome á leeros.

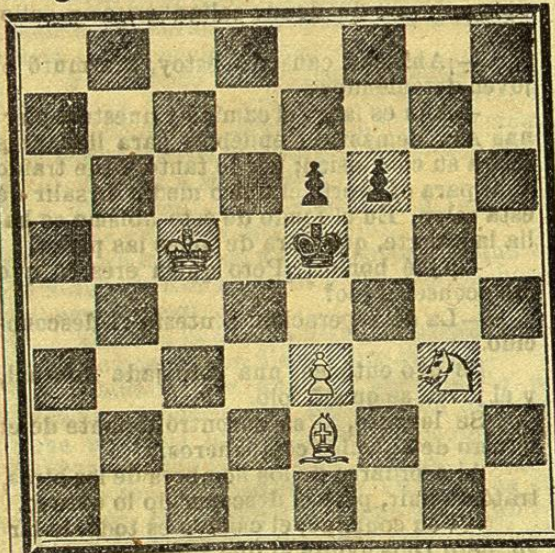
¡Oh, como es dicha sosegada y pura,
Cuando sueña el infante á nuestro lado,
En el silencio y soledad segura
Las páginas volver de un libro amado,
Y salpicar de besos la lectura
Y el presente, de sueños del pasado!
Bogotá: 1893.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

PROBLEMA DE AJEDREZ

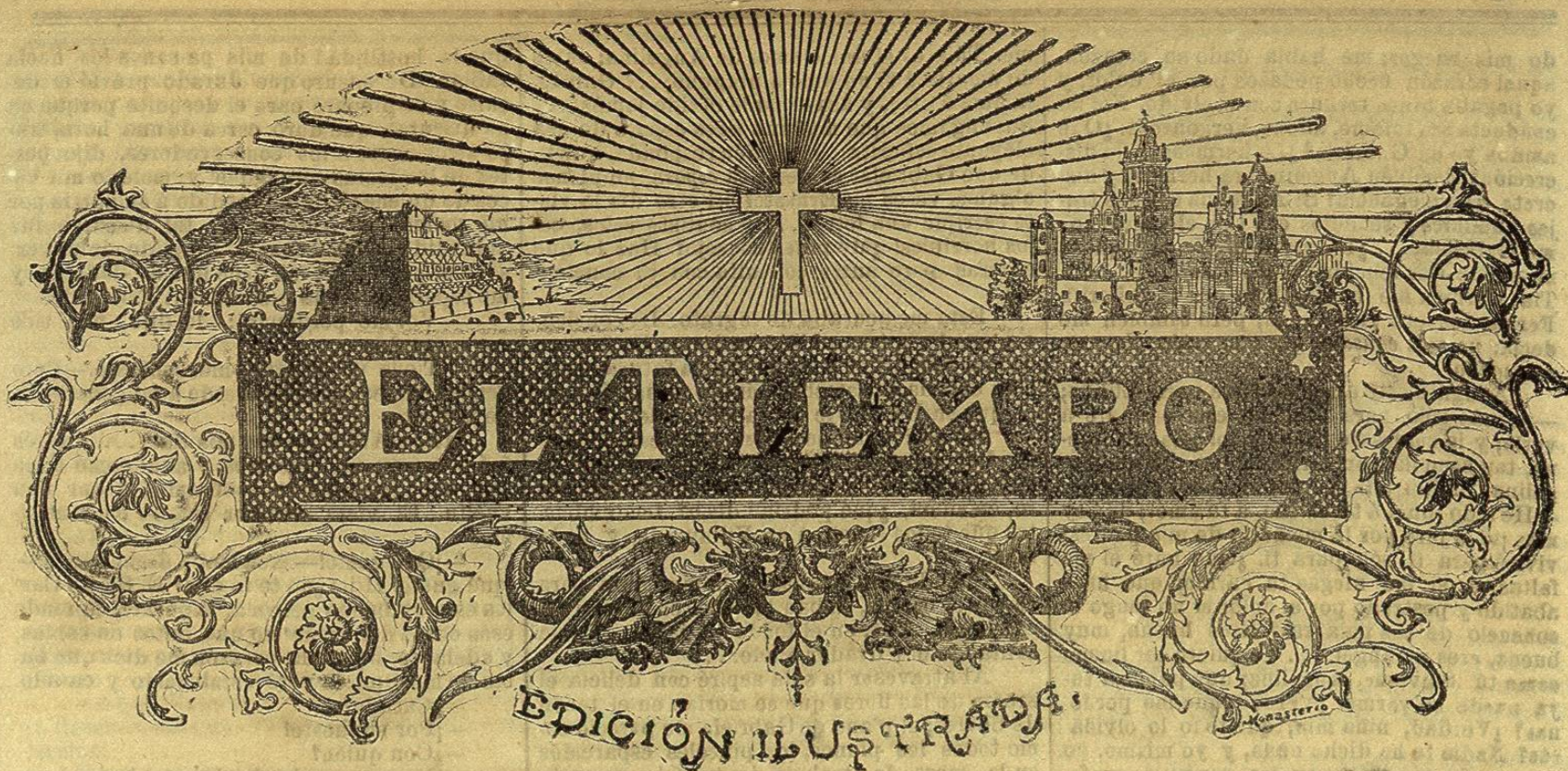
M. HERRERA.

Negras



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solución del problema publicado el domingo pasado.
1. A b 4 - R h 4 - 8, A e 1 - P h 5 - 8, P f 4 - 4.
—Una variante.



Tomo III.

México, Domingo 31 de Diciembre de 1893.

Núm. 128

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONCLUYE.)

LIX

El día dos, al caer la tarde, llegó Mauricio. Me trajo una carta de tía Pepilla:

«Tu madrina sigue bien. Don Orisanto me dijo ayer que ya pasó el peligro; pero que el estado de Carmen no es bueno. Me ofreció venir á verla cada tres días. ¡Bendita sea la Santísima Virgen que nos ha sacado con bien! Los ramilletes salieron lindísimos, y ya están en el altar. Se llevaron de avíos más de cinco pesos, pero, eso sí, son de papel muy fino. No han escrito de San Sebastián, ni Angelina ni el Padre; será porque han tenido mucho á que atender con las fiestas de Semana Santa. Ahora tienen huéspedes; Castro Pérez anda por allá con motivo de que fué á dar posesión de unos terrenos á don Pedro Amador, uno de los ricos de por allá. ¡Qué concurrencias las de don Juan! Ir cargando con las muchachas. El Juez se va mañana. Como vive aquí enfrente vimos que ya les trajeron los caballos. ¡Tá dirás! En San Sebastián no hay más que jacaes, y toda esa gente habrá parado en la casa del Padre. No sé lo que harán para colocar á tantos en una casa tan chica y tan incómoda, ni qué darán de comer á tanta boca. Mandarían por viveres á Pluviosilla. Antier, á las seis de la mañana, pasaron por aquí las Castro Pérez; iban á caballo, con sombreros jaranos. ¡Buena visita! ¡Pobre de Angelina que habrá tenido que lidiar con ellas!»

«A la una, cuando volvía yo de misa, me encontré á don Carlos, iba con Gabrie-

lita. ¡De veras que la muchacha es hermosa! Me dijeron que el día cinco vendrás á la fiesta. Nosotras estamos contando las horas. Carmen te manda un abrazo, y también Juana y Andrés.

«Sabes cuánto te quiere tu tía

MARÍA JOSEFA.»

Esta carta de la tía me devolvió la tranquilidad. Todo quedaba explicado. Angelina no había escrito por los quehaceres de la Semana Santa y por los huéspedes. Pero escribiría, si escribiera. De seguro que al llegar á Villaverde tendría yo carta de Linilla, y acaso dentro de pocas semanas vendría el Padre y con él Angelina. ¡Bueno era el santo señor para no traerla!

Después de la cena, luego que los empleados se retiraron á sus habitaciones, me fuí á la sala, abrí el balcón, y sentado en una mecedora, gozando del fresco de la noche, una hermosa noche de luna, me puse á pensar en Linilla. Si, si; ella sería la dulce compañera de mi vida! Me la imaginaba yo vestida de blanco, cubierta con vaporoso velo, coronada de azahares, tímida, sonrojada, trémula, radiante de alegría; ya me parecía verla á mi lado, de rodillas delante del altar!

Por el balcón, abierto de par en par, llegaban hasta mí, en alas de la brisa, los ramos del río, el susurro de los árboles, el zumbido de los insectos, el silbido de los reptiles, la voz vibrante de alado trovador. Delante de mí se abría dilatada calle de árboles; la luz de la luna pasaba á través del follaje y dibujaba en la arena blanquecina círculos vagaro-

so; en los vecinos naranjales se abrían las últimas flores...

«Hermosa noche! ¡Qué dulcemente que susurraban los vientos! Pero ¡ay! qué solitaria y triste me pareció la sala... Estaba fría como una tumba, desolada como una alcoba de la cual han sacado un cadáver. El piano mudo, los pinceles olvidados; las rosas, pálidas y desfallecidas, se inclinaban al borde del rico tazón de Sevres, y cuando el viento las movía dejaban caer, uno á uno, sus pétalos marchitos. Aún quedaba en el aposento el aroma de los vestidos de Gabriela... El rumor de las hojas secas que caían en el balcón rememoraba el roce de una falda de seda...

Se había ido la hermosa señorita. No vivía para mí, no me amaba, no podía amarme, ¡y ay! me había robado el corazón...

Pensé muy seriamente en la vida. ¡La vida! Un crepúsculo espléndido que dura unos cuantos minutos, y después... sombras y oscuridad. Todo nos engaña... la fortuna, la gloria, la amistad, el amor. Amamos, queremos ser amados, caemos á los pies de una mujer, y le ofrecemos el corazón, la vida, el alma, y luego, cuando somos correspondidos, cuando la dicha y la felicidad nos sonríen, olvidamos nuestras promesas más sinceras, nuestros juramentos más sagrados.

Me sentí desalentado y triste; comprendí que aquel amor que poco á poco iba apoderándose de mi alma era un delirio, una locura, que me arrastraba hacia la ingratitude y la infidelidad.

«Pobre niña desgraciada, huérfana víctima del infortunio! Me amaba; había escuchado